

Violencia y Acoso

Por Silvia Saskyn

Violencia y odio

La violencia es una consecuencia inevitable de la presencia de lo *in-mundo* en el mundo. El psicoanálisis reveló que uno de los nombres que tomó este *in-mundo* tiene relación con lo que el *mundus* latino remite: la mujer. La mujer requiere de *atavíos* para ser en el mundo porque en sí misma ella es lo real, *in-mundo*. Así entendemos por qué ella fue a lo largo de la historia un objeto "elegido" como destinatario de la violencia. El odio a la mujer es por la imposibilidad de decirla toda.

El odio a la mujer es el modo de manifestarse del odio del ser en la medida en que éste está "fuera del significante". Posibilidad de asimilar "*il hait*" con "*il est*", porque "...un odio sólido, eso se dirige al ser". Lacan: "El amor, cuando es verdadero, conduce inevitablemente al odio cuando quiere el ser del Otro El odio apunta a lo real del ser".

Lo que el odio busca eliminar es esa representación simbólica. El odio, como la angustia, no es sin objeto; tratar de erradicar el objeto que toma el lugar de resto inasimilable simbólico, ese objeto que, a veces, un sujeto o un conjunto de sujetos, puede encarnar.

Dirigido a lo que provoca el agujero imposible de colmar en el campo de la representación, el odio se caracteriza por instituir responsables de esa falta.

El odio no es la destrucción, es esencialmente, de lo que al otro lo hace otro.

El odio es odio del lenguaje en tanto muro, muro del lenguaje que a la vez que separa y aparece como lo que se interpone entre el sujeto y el goce. El odio apunta a producir el Otro goce más allá de lo simbólico.

Que el Otro goce, y que goce expuesto ante el orden simbólico del cual debe encarnar el desecho.

Distinguir el odio de la agresividad: ambos apuntan a la imagen especular pero la agresividad se dirige hacia dicha imagen, el odio yerra sus golpes por asestarlos no contra aquella sino contra su falla constitutiva. Esto lo conducirá a buscar suprimir, la imagen que,

inevitablemente, lleva consigo esa falla: ésta es la verdad misma del odio que puede apelar al extremo de la “solución final”.

El odio se dirige a este a indecible. El objeto del odio es, indestructible: más se pretende destruirlo en la realidad, más intensamente surge como el núcleo real que le da consistencia.

Una de las violencias extremas ejercidas sobre un sujeto es develar públicamente, sin su consentimiento, el núcleo fantasmático de su goce. Le provocará un sentimiento que corresponde a su *afánisis*.

Padecer esa violencia implica revivir despojado de las vestiduras fantasmáticas el carácter si traumático de la relación con ese núcleo exterior y sustento del orden significativo que es el plus de gozar.

Posiciones sexuales y acoso

A partir de Freud conocemos la dificultad insalvable para definir los términos implicados en la normatividad heterosexual: masculino y femenino resultante de que la diferencia sexual, consecuencia orden simbólico, es imposible de representar.

Lo que se pierde para acceder a la diferencia sexual como conjunto de oposiciones simbólicas es el mismo, el mismo sexo que es otro dado que es imposible de ser dicho por el significante. Paradoja llamada castración simbólica: sólo es posible convertirse en mujer u hombre en tanto que se renuncie a *serlo*.

La relación sexual es imposible por la diferencia irreductible del sujeto consigo mismo que ningún otro puede borrar, independientemente de su posición sexuada singular.

La actividad sexual del sujeto no es la respuesta a la atracción que ejerce algún objeto de manera directa, sólo es posible por la constitución del fantasma fundamental que sostiene el escenario en el que ella puede realizarse.

El fantasma fundamental proporciona una posibilidad mínima de ser al sujeto, definido como lo que el significante representa para otro significante. Así sostiene su existencia, posibilita el encuentro sexual porque éste es resultado de la constitución de la sexualidad,

consecuencia de un encuentro traumático: el encuentro con la inconsistencia del Otro. La sexualidad no es sino la repetición de este encuentro fallido, posibilitada con la apoyatura del fantasma.

Implica por lo tanto repetición de una escena primordial. La dimensión traumática se explica por el hecho de que allí el sujeto no sabe lo que el Otro quiere de él, consecuencia de que también para este Otro su deseo es un enigma.

“El trato del niño con quien lo cuida es para él una fuente continua de excitación, satisfacción sexual partir de las zonas erógenas, y más por el hecho de que esa persona dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, acaricia, lo besa tomándolo como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho”.

Cuando el niño es objeto de ese trato percibe de algún modo que la madre hace algo que va más allá de lo que ella sabe en cuanto a por qué lo hace puesto que ella obtiene de ese trato una satisfacción que ella misma desconoce. Está el fundamento mismo de la existencia del inconsciente: dado que éste es el efecto del encuentro con el deseo enigmático del Otro, que emite significantes de los que él mismo no tiene conciencia.

La constitución llama escena primordial de seducción como central de la sexualización, paradigma del fantasma, va unida al hecho de que ella es impenetrable y enigmática; no sólo para el niño –o, el adulto– que está en el lugar del observador/seducido o victimado; también lo es para el Otro/adulto/activo/seductor, amo de la situación, quien, tampoco sabe lo que está haciendo.

Si el enigma y la confusión asociados con la sexualidad estuvieran solamente del lado del niño que percibe como algo misterioso lo que para el Otro sería una actuación con conocimiento de causa, el “esclarecimiento” del infante le permitiría alcanzar el pleno conocimiento de lo sexual. El deseo del Otro es imposible de conocer, primero para el Otro mismo; la sexualidad no puede nunca ser una actividad “natural”.

El niño “pasivo/observador/victimado” estará siempre presente allí, en el escenario sexual, incluso cuando dos adultos mantienen una relación sexual por mutuo consentimiento no están solos: hay una mirada que los observa, mirada –en el fantasma de los sujetos– que es

la del niño, paralizado y reducido a ella ante el enigma que le presenta el deseo del Otro. Para esta mirada invisible del Otro se organiza el escenario sexual, más allá de la búsqueda de placer que aparentemente es la meta a alcanzar.

El *partenaire* como objeto estará allí para ocultar esa mirada permitiendo que los sujetos presentes "olviden" que la actividad que realizan es un enigma para ellos mismos, el mínimo movimiento del objeto que salga del del marco del fantasma que regula la posibilidad del goce sexual, basta para que el sujeto quede confrontado al carácter traumático de esa mirada. Lo denuncia la pregunta angustiada que lo invade en ese momento: ¿qué estoy haciendo aquí?

Lo fundamental en la escena sexual primordial del fantasma es que la mirada azorada del sujeto se halla incluida en esta exhibición, ésta no sería posible sin su presencia. La sexualidad se constituye así no solamente por el encuentro traumático entre el goce del adulto y la mirada "no preparada" del niño sino porque esa perplejidad del niño sostiene la actividad sexual del Otro.

El discurso contemporáneo "políticamente correcto", combatiendo discriminación, acoso sexual, tiene allí su punto ciego en tanto se funda en el desconocimiento de que no puede haber sexo sin la existencia de algún elemento de acoso. No hay sexo sin la constitución de una mirada perpleja, sacudida violentamente por la dimensión de un goce imposible de simbolizar, suplemento indispensable para cualquier tipo de relación sexual.

Toda protesta contra acoso sexual, contra el sexo que es impuesto de un modo violento y no consentido, más allá de lo legítimo que incluye, tiene algo de protesta contra el sexo mismo en su aspecto más radical: si se elimina de la sexualidad la dimensión real-traumática del goce, resultará que lo que queda ya no es sexual. El sexo presuntamente "maduro" que se materializaría en una relación armoniosa de mutua comprensión entre adultos que se respetan plenamente sería, un sexo desexualizado, un acoplamiento mecánico reducido a una dimensión puramente biológica e instintiva. Para el psicoanálisis, el sexo sólo puede ser "políticamente incorrecto".

En este sentido, “no hay relación sexual” significa que no hay ninguna representación “directa” del acto de la cópula que pueda excitarnos inmediatamente en la medida en que la sexualidad sólo puede ser sostenida por goces parciales, un rasgo específico— porque el goce inherente a la sexualidad sólo se encuentra en el sostén fantasmático de alguna escena que involucre un objeto parcial.

Error neurótico: consiste en considerar los objetos parciales como elementos del juego previo cuya función es abrir el camino para el “verdadero” goce que sería el acto sexual “en sí”, la decepción adviene. El perverso, comete el error simétrico: supone que esos objetos parciales *son* directamente “la cosa en sí”, de tal modo que podría liberarse de la referencia al acto sexual imposible apeándose exclusivamente a esos objetos.

La alternativa que el psicoanálisis propone no es la de inventar algún nuevo goce. Pasa por mantener la tensión entre el vacío de la relación sexual imposible y esos objetos parciales que sostienen el goce. No contamos más que con estos objetos, pero ellos sólo toman su dimensión erótica a partir de su relación con el acto sexual siempre ausente; sólo pueden existir como tales por la referencia al agujero del acto, agujero que en todos los casos se tratará de hacer presente.

Por esto las mujeres se someten al goce fálico, goce de la palabra es el obstáculo para la relación sexual. No solamente están allí, en ese goce, pues no dejan de evocar su insuficiencia y, así el Otro goce cuya falta indica la falta misma del Otro.

Conclusión: el saber que produce el análisis no descubre, no es revelación; es invención que hace borde al horror con el deseo; es saber sí, no saber la verdad porque ella como la mujer, es no-toda, el enigma “cuya revelación -como Edipo - tendría efectos catastróficos”. Saber bien-decir -bendecir- el enigma que nos funda. ¿Será el análisis el camino para bien-decir la mujer, diciéndola a medias, y dejar así de mal-decirla por no poder decirla toda?